

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

HACIA NUESTRO PROPIO CONOCIMIENTO

Apuntes para una interpretación americanista

I

CUANDO Waldo Frank enuncia con título prometedor su *Redescubrimiento de América*, nosotros queremos encontrar en el admirable libro del gran judío yanqui algo que abarque en su vastedad el doble panorama del Continente nuevo. Pero en *Redescubrimiento de América* no hay nada de la América nuestra. Y un poco a flote el complejo de inferioridad de nuestro mestizaje indoamericano—confluencia esta sí de varias razas en una originaria de evidentes trazos diferenciales—sentimos que Waldo Frank nos subestima, porque demasiado yanqui, a pesar de su idealismo, no puede desarraigar de su mentalidad el sentido totalizante de la metrópoli imperialista que imprime su huella hasta en los más selectos pensamientos. Y así el título de ese libro resulta inexacto e injusto. Porque nosotros que buscamos en todas las voces alguna que nos oriente en este derrotero de encontrarnos, creemos posible que hasta un estadounidense—diversa psicología por razones étnico-sociológicas—, identificado con el alma indolatina, pueda descubrirnos o a lo menos decirnos algo de esta nuestra compleja realidad. ¿Por qué no un yanqui, si hasta muchos españoles lo pretenden?

Pero el libro de Waldo Frank no dice nada de nosotros. No sé hasta dónde amplía el título, ya que el pedazo de continente donde se asienta el Imperio yanqui es lo menos americano de América. Waldo Frank nos habla de los Estados Unidos del Norte de América, del poderío yanqui, del sentido yanqui, de la flapper yanqui, de la nueva generación europea trasplantada a la tierra de los pieles rojas y que hoy, enriquecida por

los jugos vitales de una tierra prodigiosa, ha dado uno de los más admirables productos humanos en tesón, en energía, en ambición, y que, dialécticamente, niega su procedencia hasta pretender aniquilarla.

Los yanquis de hoy, sin una gota de sangre americana, no son sino los europeos de ayer, raza y civilización en decadencia, vigorizada con el trasplante hasta confundírseles con una raza nueva. Las condiciones rudas de la lucha—matanza despiadada de los pieles rojas hasta despojarlos de sus dominios, concurrencia feroz entre colonos—son las que han destruído en el europeo de vieja tradición civilizada los modales y las actitudes, convirtiéndolo en ese tipo de hoy casi grosero, rudo y con una sola ambición. Y si con el trasplante han ganado el progreso y la técnica del mundo hasta un límite exagerado y peligroso, eso que llamamos espíritu, soplo anímico, expresión psicológica, y que es lo que diferencia al hombre de la máquina, ha perdido en el trasplante de estas razas. El hombre del Imperio yanqui en poco se diferencia de la máquina y nada hay que atestigüe en los 120 millones de seres enriellados en el mismo sistema de extracción de riqueza su sentido espiritual. Porque los Walt Whitman, los Waldo Frank, los John dos Passos son pocos. La balanza rinde hasta romper el peso del otro lado.

Una observación muy atinada es la de Victoria Ocampo en su artículo sobre Harlem, el barrio negro de Estados Unidos. Ella dice:

Los yanquis no tienen música. Sólo tienen la africana, el jazz.

¿Qué pueblo cuyo origen se enraíza a la tierra no tiene esa honda y esencial manifestación de espiritualidad, la música? Estados Unidos no tienen música propia. Nada más estúpido que un yanqui blanco contorsionándose y cantando como un negro en esas espantosas orquestas popularizadas por el Vitaphone, hoy tan en boga. ¿Cómo comparársele con un corrido mejicano, con una cueca, con un yaraví? Y es que el espíritu yanqui no se ha manifestado, y esa música negra de tan exótica modalidad y emocionalidad, síntesis de la rebeldía de una raza humillada hasta el crimen, es tan injerto como el ruido feroz del maquinismo sobre la selva americana.

Y como decíamos, nada en el libro de Frank es América. Nos quedamos, pues, en la misma inquietud, frente a nuestra incógnita. Porque no puede decirse que hasta ahora haya habido una intención unánime, consciente, de conocimiento

propio. Demasiado pegada a la cultura occidental, nuestra mentalidad no ha podido mirar a la América Latina con los ojos desprendidos del panorama intelectual de Europa. Y nadie puede negar que desde que somos vivimos de prestado, de copia, de injerto, sin haber intentado nunca profundizar en nuestra historia, para ensayar algo distinto.

Simplemente se dice: «Somos seres humanos, tenemos más o menos los mismos problemas.» Y se olvida la serie de factores que han confluído en nuestra formación y que nos diferencian de los demás pueblos. Se olvida hasta el factor geográfico y climatológico en que se han desarrollado estas razas con sus sistemas injertados, y se olvidan la raíz indígena y la base de una civilización primitiva que moldeó, sin embargo, los orígenes de nuestra conformación de pueblos. Por más que los espíritus europeizantes quieran negarlo porque en una décima parte de la población de América la sangre europea se mantiene más o menos pura, la influencia de los 70 millones de indígenas y mestizos es demasiado fuerte para que el más europeo contradictor tenga muchos quilates de americanización.

Desgraciadamente hasta ahora son muy aislados los intentos de encontrar el signo de nuestra personalidad. En lo intelectual como en lo social y político, la cultura europea ha desviado muchas inteligencias. De suerte que somos el continente virgen que necesita su redescubridor. No ya a la manera de un Colón que halla la ruta por casualidad, sino con el afán preconcebido de encontrarla.

Sólo en este siglo, y no muy al principio, las mentalidades más americanas se sienten acuciadas por el afán de diferenciar esta tierra de las otras, y no por mero snobismo, sino porque la realidad de América misma nos ha puesto frente a la necesidad de descubrirla, como diría un marxista, no de inventarla. Vamos de fracaso en fracaso por la ruta difícil de nuestra vida de pueblos. ¿Por qué si somos de raigambre europea, no amoldan bien en nosotros las aplicaciones europeas que hacemos siempre? Las democracias fracasan, las dictaduras hacen crisis, vivimos en perenne caos, desorganizados y caminando con enorme esfuerzo por el camino del progreso. ¿Por qué no ha pasado nada de esto en los Estados Unidos, a pesar de las diferencias raciales? Porque todos son europeos, en ellos pervive transformada y superada la civilización europea, y todos llevaron un mismo afán con el colonizador, que fué capaz de destruir los antagonismos y crear la formidable organización que hoy es el Imperio Yanqui.

En América el problema es otro. Razas aventureras holla-

ron el suelo y sólo trajeron las manos rapaces para recoger la riqueza que tan pródiga era en los dominios americanos. Difícilmente arraigaron, sin poder exterminar al indígena, y sembraron su germen en la raza viva y desposeída. Pero en el vasto territorio de América—de Méjico a la Patagonia, de los mayas y aztecas a los quechuas y aimarás—la huella del indio, su civilización, su orden, su sentido religioso, su espíritu, quedaron profundos y subsisten. Toda la mezcla de cuatro siglos no ha sido bastante, ni lo será en cuatro más, a destruir el principio vital del alma americana. Y es un principio antagónico al de la raza intrusa, que sólo un nuevo sentido de fraternidad, generado por el mestizaje, puede borrar. ¿Es un fracaso de sistemas?

El americanista que no quiere conocer América por Europa, no se horroriza con las matanzas mejicanas, que su civilización rechaza, sin rechazar las guerras, sino va a esa gran tierra americana y estudia a pleno corazón su historia, va a Centro América, a Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y estudia con un amplio sentido de humanidad—con los ojos nuevos y limpios de prejuicios que se han abierto después de la Gran Guerra—el proceso de América, desde la Colonia. Y desde más allá.

Aquellos países donde menos raza aborígen existe, y más europea, son los en que menos conflictos ha habido. ¿Acaso por superioridad? No olvidarse que cuando América atravesaba una etapa de relativa libertad, dentro de un régimen de paternal teocracia, donde el Inca miraba celosamente por la felicidad de sus hijos, los españoles trajeron el sistema feudal y lo implantaron violentamente con la Colonia, convirtiendo a la servidumbre a la raza nativa (1). De allí el origen de los perennes conflictos sostenidos entre los usurpadores tradicionales y los desposeídos y que hasta el presente están representados por las oligarquías criollas, los señores descendientes de la dudosa nobleza española, inflados de vanidad, y las razas esclavizadas, porque en la mayor parte de los países donde existen indios, existe esclavitud.

¿Podemos así pretender identidad en nuestra fisonomía de pueblos, con Europa? ¿Acaso por el aporte mínimo de la raza española, y las que después se han sumado, como emigrantes? ¿Tal vez por la cultura?

(1) Toda la riqueza y el poder en Méjico estaba acumulado, antes de la Revolución, en las manos de 854 familias, teniendo este país 15 millones de habitantes.

¿Puede significar toda una estructuración psico-sociológica la importación de la cultura europea, si ella queda flotando en las altas capas, en las élites, en los descendientes europeos y no penetra en la gran masa, en su mayoría analfabeta, que es la única que puede dar los trazos para esta constatación? ¿Pueden estas *élites*, estas ralas selecciones, imponer su sello vital en la diversa mentalidad de la gran mayoría? ¿Pueden los 20 millones de europeos puros, si los hay, imponer su mentalidad occidental a los 70 millones de indígenas y mestizos?

No es posible negar que la cultura europea que se filtra por intermedio de los individuos que la reciben directamente, llega en un mínimo reflejo hacia las capas bajas de la sociedad, pero ya al llegar a ella se ha transformado, y al ser recibida por esa capa sufre su última transformación y casi desaparece en la confluencia de los factores primordiales, y tras de este proceso de asimilación, tan laborioso, surge la expresión nueva.

II

Estamos, pues, en que América es una gran incógnita, donde todo está por hacerse, mejor aun, donde todo está por descubrirse, por atestiguar, ya que su realidad como pueblo es innegable, como es innegable su diferenciación total de los otros pueblos. La sola declaración de creer en esta diversidad de América de los otros pueblos con que se le parangona, es ya un paso dado hacia nuestro propio conocimiento. Pero necesitamos más unanimidad en el sentir y en el afán de descubrirnos, y esa es la tarea de los americanistas de hoy. Observamos, no obstante, una especie de hervor subterráneo que ya está en vías de salir a la superficie donde el nuevo pensamiento se define. Se habla incluso del surgimiento de una cultura americana. Los europeizantes se alarman y lo niegan. Voces aisladas, pero altas, como la de Ingenieros, la de Ugarte, la de Vasconcelos, la de Haya de la Torre. Puntos de vista tan cerca de lo panorámico en Ingenieros, hasta lo económico-social como en Haya. Continuadores, en su medida, de la inspiración de Bolívar y de Martí. Ingenieros es el primer inquietador. Su voz apostólica hace los primeros llamados a las nuevas generaciones para que acepten ante la historia su responsabilidad americanista. Ugarte, con la visión clara del destino económico de nuestros pueblos, emprende una cruzada de alerta por el continente, para decirle en todos los tonos el peligro hacia que resbala, si no se apresta a contrarrestarlo. Vasconcelos es el teórico del surgimiento de una raza nueva en la

amalgama de razas injertas en la raza original. Y cree en el superior destino del Continente una vez que haya formado conciencia la nueva entidad americana. Su labor frente a la Secretaría de Educación Pública de Méjico está toda orientada en sentido americanista.

Haya de la Torre, de los más jóvenes, ya no sólo señala esos factores raciales, ni el peligro inminente, sino que se ocupa en descubrir los complejos que forman nuestra realidad americana, en sus aspectos históricos—económico, político, social—, para determinar la labor que corresponde. Haya es seguramente uno de los primeros constructores. Ni anuncia, ni señala. Y sobre esas comprobaciones intenta, sobre una base realista, aplicar el método de solución. Se orienta, en esta forma, en modo más preciso, el concepto de afirmación americanista.

En sus conferencias en la Universidad de Méjico, Haya definió así la dialéctica materialista, aplicada a nuestra historia:

Tesis: Hispano América, la Colonia. Antítesis: Latino América, la República. Síntesis: Indo América, la afirmación y definición de nuestra realidad como pueblos y su liberación de todo colonialismo. Surgimiento social y cultural.

Son los trazos de una nueva política por desarrollar en América que históricamente atraviesa su etapa de formación, y en la que confluyen—ya lo hemos visto—desde el sistema feudal y las más cerrada oligarquía de casta, hasta el sistema democrático, sin que esta diversidad de etapas obstaculice la penetración del gran capital extranjero, sino por el contrario, lo favorezca, ya que sus lógicos aliados se encuentran precisamente en las castas dominantes.

Keyserling dice que Sud-América es un país en donde nadie sabe lo que quiere. Se produce por sentimientos y por emociones: etapa infantil. No por razonamiento y convicción. De allí que estos pueblos sean eminentemente apolíticos, por más que creamos todo lo contrario. Del poder usufructúa la alta clase tradicional, poseedora de la riqueza o de la tierra, y las explosiones en contra traen como consecuencia las dictaduras y las tiranías, encumbramiento de minorías audaces. Y esto que para los otros pueblos, los europeos, sería un retroceso, en los nuestros no hace sino demostrar nuestra evidente juventud y la diferenciación de los factores que forman nuestra personalidad. Y sin una conciencia política que defina los marcos donde debe desarrollarse y cuajar la personalidad de estos pueblos, no puede precisarse un sentido cultural.

Nuestra época de caos está diciendo que es nuestra época de formación. Nos conmovemos porque buscamos nuestro equilibrio. Esta desorientación es sólo el fracaso rotundo de las aplicaciones disímiles, el rechazo de lo que no se adapta a la idiosincrasia americana. Y es saludable por todo lo que significa en esfuerzo esta perenne agitación de pueblos, porque ello demuestra que no ha cuajado un espíritu de conformismo—imposible en razas jóvenes—sino que el hombre va hacia su liberación y superación por medio de su propio conocimiento.

Uno de los pueblos más constantemente convulsionados es Méjico. Rojas leyendas se ciernen sobre su historia. Pero no hay que olvidar que es Méjico el pueblo de mayor perfil americano, el de más homogeneidad racial y el que mayores luchas ha tenido que sostener—y sostiene—con sus expoliadores, los españoles de la conquista y de la independencia, los frailes y los imperialistas del norte.

Sin embargo, nada de ésto ha destruído la raíz mejicana. Y hay una conciencia mejicana, como háy un arte mejicano, expresión la más alta de un pueblo. La pintura popular de Méjico, reconocida por la crítica europea como una asombrosa demostración de sentido estético—prueba de dotes superiores—, la música mejicana, la escultura mejicana desde su prehistoria, la enorme capacidad popular para todas las artes domésticas, dicen con el tono más preciso que ese conglomerado de «salvajes», de «bandoleros» y de «matones»—según las informaciones de las agencias cablegráficas—es un gallardo trozo de la América nuestra, lo más representativo y lo que con mayor orgullo debiéramos exhibir como una definitiva muestra de americanidad.—MAGDA PORTAL.

SOMERA REVISTA MILITAR A ALGUNAS NOVELAS DE LA GUERRA

I.—INTRODUCCIÓN

TENGO alineadas en mi mesa, frente a mí, las siguientes novelas de la guerra, a las cuales pretendo revisar con mirada de soldado: *La Llamada del Suelo* y *La Tormenta sobre el jardín de Cándido* por Adrián Bertrand; *Mi Pieza* por Pablo Lintier; *Al servicio de Alemania* y *Colette Baudoche* por Mauricio Barrès; *El Emboscado* por Pablo Margueritte; *El fuego* por